CONCHA ZARDOYA

LOS ENGAÑOS DE TREMONT

Col. ÁGORA
ALFAGUARA / MADRID

CONCHA ZARDOYA

Española, aunque nacida en Valparaíso (Chile). Licenciada en Filosofía y Letras por la Universidad de Madrid y doctora por la Universidad de Illinois. Ha enseñado Literatura española en diversas Universidades norteamericanas. Actualmente enseña en la Universidad de Massachusetts, en Boston.

Obras publicadas:

POESÍA:

Pájaros del Nuevo Mundo. Madrid, Adonais, 1946.

Dominio del llanto (accésit del Premio Adonais 1947). Madrid, Adonais, 1947.

La hermosura sencilla. New York-Madrid, Hispanic Institute in the United States, 1953.

Los signos (accésit del Premio Ifach 1952). Alicante, Colección Ifach, 1954.

El desterrado ensueño. New York-Madrid, Hispanic Institute in the United States, 1955.

Mirar al cielo es tu condena (Homenaje a Miguel Angel). Madrid, Insula, 1957.

La casa deshabitada. Madrid, Insula, 1959.

Debajo de la luz (Premio Boscán 1955). Barcelona, Instituto de Estudios Hispánicos, 1959.

Elegías. Caracas, Lírica Hispánica, 1961.

Corral de vivos y muertos (Poemas para españoles). Buenos Aires, Losada, 1965.

Donde el tiempo resbala (Romancero de Bélgica). Montevideo, Cuadernos Julio Herrera y Reissig, 1966.

Hondo Sur. Madrid, El Bardo, 1968.

CONCHA ZARDOYA

LOS ENGAÑOS DE TREMONT

Col. AGORA
ALFAGUARA / MADRID

A G O R A

Colección de poesía
al cuidado de CONCHA LAGOS.

"LOS ENGAÑOS DE TREMONT"

Esta Colección tiene el "Premio a las mejores Ediciones", del Instituto Nacional del Libro.

© CONCHA ZARDOYA, 1971.

EDICIONES ALFAGUARA, S. A.
Orense, 35, Madrid-20. - Tuset, 1, Barcelona-6.

DEPÓSITO LEGAL: M. 27205.—1971.

Derechos reservados para todos los países.

Printed in Spain. Impreso en España por Gráficas Orbe, S. L., Padilla, 82, Madrid.—1971.

LOS ENGAÑOS DE TREMONT

What I wanted to get away from was the photograph of reality.

ROBERT LOWELL.

PROLOGO

LA realidad nos crea y nos deshace.
Por eso la creamos, deshacemos,
con palabras o hierro o argamasa:
ordenamos que nazca y que se muera.

Damos luz a la nada, inventamos
colores, transparencias y perfiles,
unimos los sonidos para siempre
en sonatas azules o poemas.

Ilusorios confines son presencias
que sólo sabe ver quien tiene ojos
ocultos en la piel y en la memoria,

debajo de los dedos dulce oído,
extrañas luces ávidas debajo
de la frente encendida y en el pecho.

I

LOS ENGAÑOS DE LAS COSAS

(Para Rafael Morales, por su "Cántico al cubo de la basura".)

I

EL polvo de los actos tú recoges
al barrer suavemente cada día:
los pensamientos viejos o gastados,
daguerrotipos grises o amarillos,

las vacías palabras que no caben
en el denso tejido de los versos,
sílabas rotas, huérfanas preguntas,
en oscuros rincones que no vimos.

Cenicientas miradas con briznillas
de niebla y soledad en las pestañas
anidan en tu grama y no lo sabes.

¡Con qué bondad humilde purificas
antiguas posesiones de tristeza
y siembras la salud, conciencia pura!

II

Si no fuera por ti fracasaría
el cuerpo derribado por las horas:
en su raudo caer a la pereza,
lo ciñes, fraternal, y lo detienes.

Nadie ha visto tus brazos que respaldan,
la esbelta seducción de tu figura
que impele a descansar: al fin sedentes,
hermana, madre, calmas nuestras penas.

Tu corazón concéntrase, callado,
en el suave reposo que regalas
familiar, necesaria, duradera.

Jamás indiferente, me acostumbras
a valerme de ti cual crïatura
que pide intimidad, no servidumbre.

III

Al palparte, mi mano siente el bosque:
tu escondida raíz y el olor dulce
de las bayas maduras sin cosecha
se llega hasta mí cual un arroyo.

Sin techumbre en las lluvias aguardabas
la salida del sol, tranquilo roble.
Ahora sin fatiga tu paciencia
me da ejemplos de amor y me levanta.

En los días aciagos tu madera,
pulida por el roce del ensueño,
me envía sus rumores ancestrales
que registra mi alma sin oídos.

El contacto del bosque me devuelve
la serena constancia de la vida.

IV

Te llames vaso, cuenco, taza blanca,
olla humilde, sartén, vasija, fuente,
te da gracias mi boca: tu sustento
es algo que florece y fructifica.

El agua, el pan, el vino, bellas frutas,
se esfuerzan por ser yo, un ser que vive:
o severas o frágiles, conscientes,
a más vivir incitan, delicadas.

Su volumen—arcilla, vidrio, loza—
acompaña también. Alrededores
comparten en común: les pertenecen.

Ni esclavas ni señoras en su oficio,
se revelan amigas que enriquecen
el vivir prodigado mansamente.

LOS ENGAÑOS DE LOS RETRATOS

I

¿UN pájaro ilusorio nos miraba?
¿Lo contemplabas tú con ojos niños?
¿Secreta jaula, bajo el negro paño,
era oscura prisión que no veías?

Con miedo de no verlo, cautelosos,
apenas respirábamos, silentes,
en un extraño espacio suspendidos,
indefensos, flotando sin aliento.

Se consumó el retrato y, abolida,
nuestra espera murió. Sin defraudarnos,
cerramos ya los párpados sin cólera.

Las diáfanas miradas, tras el tiempo,
a la avecilla buscan todavía
desde aquella inocencia, sin engaño.

II

Estás aquí, sin irte, sin disfraces,
en una realidad que siempre queda,
más allá de escenarios, insepulta,
en un día real que no se muere.

Sin alejarte nunca, me acompañas
y quieres avanzar, la mano darme,
existir a mi lado, gustar horas
de sol o de silencio, sin angustia.

A veces, tu ademán, por distraerme,
traspasa el cristal puro como un aire
y muévese vivaz en busca mía.

A veces, alzas gestos olvidados
en un doblez del tiempo: luz de tarde
vuélvese luz—cenit—de mediodía.

III

Un antes que no vi es ya presencia:
de tu ayer el ayer, ¡ay! prematerno,
se torna juventud que tú viviste
y prolonga su hoy para ser mío.

Más que hermana eres hija que no tuve
—borrada en el retrato la apariencia,
disuelta la verdad incognoscible—.
Unifica la muerte las edades.

Tu larga falda pisa viejo siglo
que avanza hasta mi hoy y me sonríe
con leve gesto de pena o de ternura.

Como una flor se abre tu abanico
y orea mansamente si me acerco:
su música, al plegarse, me despide.

IV

Sin espacios, detrás, que te sostengan
desde el fondo del tiempo para verme,
niña aún, sin escaño, pensativa,
¿entresueñas los días que no has visto?

¿O sientes la nostalgia de un pasado
que nunca vivirás, que no viviste?
El dolor está lejos: ¿lo presientes?
¿O escuchas las llamadas nunca oídas?

Apenas si tu mano la cabeza
se atreve a descansar y dulcemente
reposa en su inocencia no aprendida.

Apenas si promesas son tus ojos
del futuro que hoy es ya pasado,
más allá de ti misma, libremente.

LOS ENGAÑOS DEL ESPEJO

(Para Andrew y Mary Beth Debicki.)

I

LOS dobleces del tiempo en tus azogues
sus días atesoran y sus noches:
honda casa de niebla, un aposento
a las horas les da y a sus instantes.

Se asoman a tus quicios diariamente
las cotidianas cosas que nos sirven:
penetran, sin saberlo, en tu misterio
que nuestro afán inútil no desvela.

Sin rencor ni vergüenza, adormecidas
en la nada profunda que las guarda,
esperan ya la voz que las despierte.

A tu abismo descienden las miradas:
se estremecen tus dentros, sorprendidos.
Emergen de tus simas ecos últimos.

II

Te miras al espejo: reconoces
que nunca te devuelve lo que eres
—vana sombra, la imagen de ti misma—,
aunque afines parezcan las miradas.

Confidente no es de tu monólogo,
de tus callados diálogos: esquivo
o sin piedad, te cierra sus orillas,
que sabe sólo abrir para los ciegos.

La luz crepuscular va penetrando
en el ámbito oscuro donde bebe,
silenciosa, mi voz, añejo olvido.

Descansa el corazón... A él se inclina
la compasiva luz de la esperanza:
algún día verá lo que ha soñado.

III

Escalerillas tienen los espejos
por donde bajan, ciegas, las miradas
para buscar allí lo que olvidaron
en el viejo desván de la memoria.

No conmueve a las puertas—¡son innúmeras!—
el celo de los ojos: su avaricia
intramuros sepulta sus tesoros
y alza rejas, cerrojos, insalvables.

Remontan los peldaños lentamente
con la vieja nostalgia insatisfecha,
borrada la leyenda ya vivida.

Han perdido canciones y han ganado
tristezas al bajar ilusionadas
a la arena sin fondo de un desierto.

IV

Yertas olas suspensas, en vigilia,
no acaban de romper: acantilados
de luz o sombra activa las detienen
en su caída triste hacia la nada.

Los sentimientos—faces blancas—giran
en el mar del azogue transparente:
vertiginosos, claros, se remontan
al manantial secreto del recuerdo.

Y se dibujan sueños en un círculo
de rara perfección y resucitan
perfiles viejos, ráfagas de formas.

Se oscurece el fulgor... Las yertas olas
regresan a su centro, mas no alcanzan
el litoral azul en que nacieron.

LOS ENGAÑOS DE LAS PUERTAS

(Para Stella Manaut.)

I

LAS puertas, incontables, alargándose
con sus luces y sombras a sus dentros,
a las vidas tan íntimas que sellan,
amparando los sueños de sus noches.

Alguna vez, abiertas por sorpresa,
invitan a los ojos y desvelan
la intimidad callada que protegen,
el secreto vivir de su habitante.

Una lámpara brilla... Y, en desorden,
un lecho, al yo pasar, exhibe ropas
que parecen calientes todavía.

¿Un hombre, una mujer ha despertado?
Al cerrarse de nuevo se hace losa
la puerta de estas vidas, a mis ojos.

(Para Antonio Ferres.)

II

Las puertas son fronteras que quisiéramos
en el sueño cruzar sin pasaporte...
Misteriosos países nunca vistos
nos llaman desde dentro con dulzura.

¿Los espejos velados son la niebla
de aquella gran ciudad que no veremos?
¿La imagen que entrevemos se nos borra
en un futuro azul ya desvivido?

Oímos unos pasos... ¿De qué extranjero?
Oímos una voz... Una naranja
desde la mesa cae y nos despierta.

El sueño, como prófugo, se evade.
La memoria, vacía, se ha cerrado.
Sólo reina la noche sin fronteras.

(Para Ricardo Gullón.)

III

Una llave las abre y una llave
las cierra cada día, cada noche.
Irremediables párpados del muro,
en un ver y no ver el hondo centro.

Y ciegas y no ciegas, no mirando
o mirando quizá con diminutas
pupilas que no vemos, mas que atisban
el entrar y el salir de los que moran.

Las batallas ganadas, las perdidas,
se suman o se restan diariamente.
Los despiertos umbrales son conciencias.

Mas la cifra interior se desconoce:
cero gris, solitario, se consume
en su fuego y escoria que alucina.

(Para Juan Goytisolo.)

IV

El largo corredor en que se pierden
los quicios amarillos y sus goznes,
avanza por sí mismo al horizonte,
se mueve hacia un final que no se sabe.

Y cansa recorrerlo con los ojos,
con el pie vacilante o pensativo.
Mas anima soñarlo como calle
a la que miran casas sin ventanas.

Brevemente se cruzan transeúntes:
un saludo cortés, los buenos días,
un adiós sin ser nunca despedida.

El largo corredor al infinito
parece que se alarga... Ya se pierde
su arboleda de puertas por la sombra.

LOS ENGAÑOS DE LAS VENTANAS

(Para Joaquín Casalduero.)

I

EN hileras, distantes y cercanas,
enfocan el presente y sus fulgores
rechazan el pasado: fantasmales
se vuelven ya los días transcurridos.

Desde lejos, cogidas de la mano,
parecen comentar lo que están viendo,
hacia dentro, hacia fuera, con sus ojos
en la misma mirada prolongados.

No está sola ninguna, pues las viejas
a las jóvenes dictan sus consejos,
desde las torres mandan sus mensajes.

Y lo que todas ven es lo que veo:
una multimirada, actual, ubicua,
sobre la gran ciudad en que vivimos.

II

Y me llaman a gritos, si me duermo
cuando ellas no quieren, cuando algo
sucede que no esperan, cuando llueve
de pronto y no me asomo a ver la lluvia.

El entrecejo fruncen si no miro
las hojas otoñales por la noche
rodar, saltar, alegres, en la acera:
si no les digo adiós al despedirse.

A veces hacen guiños: no comprendo
qué quieren señalarme al mediodía,
en el final minuto de la tarde.

A veces las cortinas me descorren...
Y he de ver—sin poder—lo que presencian
a la luz de una lámpara, por dentro.

III

Se desliza la historia a cada instante.
Fugitiva, la luz se va con ella.
Sólo queda el dolor y la ceniza:
sólo ellos sostienen las ventanas.

Argamasa, la pena con el llanto
elevan estos ojos en la piedra,
y los bloques inertes tienen alma:
en los puros cristales brilla el cielo.

No son huecos de sombra las ventanas:
anida la ternura en su regazo,
la paloma constante del recuerdo.

Los afanes humanos se devuelven,
por abiertas dovelas, a una patria
que no absorbe la sed de su tormento.

IV

No pronuncian palabras. Sólo miran
con estoico mirar la humana angustia,
pensamientos que punzan o derriban
las batallas del odio con la vida.

Aceptan la condena, pues, clavadas,
no pueden renunciar a ser conciencias.
No pueden derrumbarse ni ser magma,
ni ejecutar acciones ancestrales.

Ni descifrar tampoco les permiten
los destinos del hombre, su pereza,
ni curar sus heridas cuando sufre.

Cronistas iletradas que no saben
escribir lo que ven y que les duele,
alumbran soledad, pues son piadosas.

II

LOS ENGAÑOS DE LA LUZ

(Para Enrique y Margot Anderson Imbert.)

I

EL día se levanta de la sombra:
ansiosa juventud el cielo invade
y los sueños retíranse a su cueva,
inseguros, vencidos, desterrados.

Implacable, la luz nos va borrando
los más bellos errores, la tristeza:
la realidad suprema de la aurora
afirman en su ser todas las cosas.

Y sacuden el polvo de la noche,
se ponen a servir en las moradas,
luminosas, debajo de los árboles.

A caminar empiezan los relojes
con un tictac que el aire multiplica.
Se han erguido los hombres y ya cantan.

II

Las luces insensatas enloquecen
y con ellas las frutas y los pájaros:
color, azúcar, trinos, resbalando
por el cuerpo del aire, juveniles.

Hay abrazos en todo, conquistados
reflejos de planetas que iluminan
las más hondas raíces de los bosques,
las enterradas piedras seculares.

Las colinas de lejos nos parecen
dorados cuerpos nuevos que se alzan
a un dominio de luz que no soñaron.

Imprevistos albores, oros viejos
se emanan de las rocas más antiguas:
nunca en vano reluce el mediodía.

III

También engañas, sol, ramajes finges,
dorados, otoñales, en enero.
El pobre árbol tiembla: yertos oros
no consiguen calor ni un nuevo octubre.

Los dones ilusorios la mirada
en la fría mañana ha sorprendido,
en un juego del aire y del invierno,
en un vaivén de vida y desencanto.

Tú, sol, consolador, al fin te alejas,
y desnudez ya visten, recuperan
los grises troncos que se buscan

para abrigar las ramas desvalidas.
El orden riguroso de sus ciclos
no cambia, caprichoso, el tiempo nunca.

IV

La luz, grandilocuente, nos ofende
con sus vastos delirios: alucina
el resplandor frondoso de sus árboles,
la serpentina gema de su río.

La sombra deseamos con sus monstruos,
melancólicos grises y aguas muertas,
los pardos gorrïones que se nutren
de semillas y briznas apagadas.

Soñamos cielos nórdicos, silentes,
para apagar la luz que tanto arde,
que quema la mirada y lo que mira.

Soñamos con la noche que ha olvidado
su más íntima luna: con la sombra
soñamos de la noche o de la muerte.

LOS ENGAÑOS DE LOS JARDINES

(Para Solita y Juan Marichal.)

I

LA primavera, al fin, es proclamada
por los verdes fulgores de los árboles,
por la hierba tiernísima, inocente,
y el aire casi tibio que sonríe.

Día a día, de noche, madurando
con honda timidez y recatada,
debajo del invierno, fue pujando
dulcemente a la luz la savia antigua.

El corazón velaba en gran silencio,
y los ojos también: dual vigilia
que ya apagó su lámpara de espera.

Una vez más, la vida proclamada
se exalta a más vivir y más se eleva
al cielo que la canta con sus pájaros.

(The Common.)

II

De nuevo, el viejo olor: él mismo siempre,
en las tardes lluviosas, soleadas,
cerniéndose en el aire temeroso,
golpeando la piel con alas tenues.

Las horas nuevas brillan en las yemas
despiertas, en las ramas susurrantes
ya vestidas. El tiempo es dulce y joven:
aguarda confidencias sin motivo.

Las aguas del estanque no se fugan
al oscuro sosiego de sus fondos:
se contemplan en ellas luces claras.

Cada flor, cada brizna, una aventura
para el ojo y el alma, vieja y nueva:
los jardines afirman el misterio.

(Public Gardens.)

III

Quisiera detenerme en cada hoja,
largamente mirarla entre los dedos:
su haz, su envés, sus bordes aserrados,
la sutil nervadura transparente.

Pero en masa se ofrecen: todo un bosque
se erige en exigencia... Casi angustia
el vasto florecer y tanto verde
que estalla en plenitud de flor y aroma.

Vivas, todas, se yerguen en las ramas.
Maternal, yo renuncio a cortar una
por no oír el gemido de su muerte.

En otoño es fácil recogerlas,
salvarlas en la mano por un tiempo,
su oro atesorar en algún libro.

(Public Gardens.)

IV

Miramos el jardín... ¿En dónde estábamos?
¿De Roma o de Florencia, aquellas piedras?
¿De Asís o de Perugia, la campiña?
¿De la Nueva Inglaterra, aquella bruma?

Buscamos horizonte... Hallamos árboles
en cerrado final, una frontera:
sin más allá, el ámbito acababa
y era próximo todo, no profundo.

El engaño cesó... Aquella hierba
era hierba por todos conocida:
pisarla fue un húmedo consuelo.

Las estatuas, no antiguas, nos miraban
con equívoco ceño. ¿Sonreían?
Los espejos, adentro, las copiaban.

(*American Academy of Arts and Sciences,* mayo 13, 1970.)

LOS ENGAÑOS DEL RIO

(Para Dámaso Alonso.)

I

LA nieve cubre el río: ya no existe
el agua que fluía y rebrillaba.
Inmóvil, su gran cauce es fiel llanura
sin sombras ya de pájaros ni de hombres.

Imagen de la nada, ante los ojos,
que niegan viejos techos y los árboles
alzados en la orilla cual protesta
al dominio glacial de estos inviernos.

Y el vivir, ante el hielo, se rebela
y quiere libertar el agua muerta
encendiendo fogatas desde el sueño.

Con el sol de la tarde se hacen vivas,
mas sus llamas—pintadas—no deshielan:
sólo prestan color a la llanura.

II

¿Qué pluma dibujó sobre lo blanco,
con negra tinta, árboles oscuros,
ramajes delicados, ya sin nieve
y sin aquellas hojas del otoño?

En gracioso vaivén, entrelazados,
amorosos amantes que se buscan,
amigos que dialogan sobre el hielo,
sin oírse quizá, pero sintiéndose.

¿Qué mano reveló ante mis ojos
aquellas ramas altas nunca vistas
ni en mañanas de abril ni en tardes puras?

Sin nidos, estos árboles ofrecen
al cielo gris sus finas osamentas,
desde nieves pasivas, ramas firmes.

III

Y la noche borró el gran dibujo,
delicado perfil de tantos olmos,
la cabeza suavísima, esfumada,
de un árbol solitario y, ¡ay!, sin nombre.

Lentamente, el grabado fue perdiéndose
en la sombra venida de lo alto:
lo negro trascendió oscuramente,
en pacto con la muerte y el silencio.

Brotaron lucecillas en las ramas...
Otro extraño pintor las encendía,
como frutos de luz, desde la sombra.

Y las nuevas estrellas nuevo cielo
alzaron sobre el parque, temblorosas,
para negar la noche y su dominio.

IV

No has soñado tu mar—¿cómo podrías?—,
río Carlos, amigo, si a tu lado
conversa hoy contigo y cada noche
te regala gaviotas y hasta peces.

(El hombre de la mar ve los desiertos
que nunca atravesó y los oasis.
El hombre montañés ve litorales
que configuran rocas submarinas.)

¿Cómo puedes soñarlo si no lejos
sus olas con tus aguas se confunden
en un mismo vivir y misma muerte?

Mas acaso lo sueñes donde brota
el hilo de tu ser, tu nacimiento.
¿Acaso sueña él lo que antes fuiste?

LOS ENGAÑOS DEL VIENTO

I

LOS vientos engañosos rompen olas
en la torre en que vivo y arrecifes
parecen mis ventanas, y los muros,
un litoral soñado frente al cielo.

Las mareas, altísimas, avanzan,
retroceden después y, revertidas
a los fondos de mares ilusorios,
sepultan oleajes en silencio.

Y, otra vez, el rumor, las nuevas olas
asedian obstinadas los cristales,
sin naufragar la luz que los domina.

Los ojos no lo ven, mas los oídos,
seguros de este mar que saben viento,
se yerguen centinelas: lo vigilan.

II

Humanados, los vientos sus estatuas
van creando en la luz, arcilla viva.
Los torsos ilusorios se combaten
con espadas ardientes o con nubes.

Alas rotas, a veces, se desprenden
de los vencidos hombros: fracasadas
victorias dulcemente van bogando
por el cielo del aire, sin destino.

Más allá de los ojos, se reúnen
los dioses más antiguos, allá lejos,
más allá de los siglos, de la vida.

En su mármol la luz les ha esculpido
agitados ropajes, aureolas,
vertiginosos brazos, pies ligeros.

III

El viento con la arena se hace un cuerpo
que el hombre palpará en su ventana,
entre las nieblas grises de la duda,
en esa clara luz de certidumbre.

Con arena de sueño, con semillas,
con la pálida cal de las auroras,
con piedras compasivas, disgregadas,
con lluvias y rocío enamorado.

La tragedia del viento es no sentirse
y derivar sin peso por el mundo
y las formas tocar sin tener forma.

Y por eso se sueña sus estatuas:
los pájaros en ellas harán nido
y los poetas locos sus poemas.

IV

Los caballos del viento hoy galopan
cantando una canción... ¿Es de esperanza?
¿La ultramuerte del ser están llorando?
¿La ultravida de todo nos anuncian?

Estampan en el cielo su galope
sin color definido, mas violento.
Y sus crines golpean las ventanas
mal cerradas, sedientas de alegría.

Si jadean, remotos, nos parecen
el mismo corazón, la viva angustia
que sube desde el pecho hasta la boca.

Si son cuchillo, a veces, matan pájaros
que ayer volaban dentro de los ojos,
en el alto ramaje de la frente.

LOS ENGAÑOS DE LA NOCHE

(Para Raimundo y Denah Lida.)

I

"Las atalayas duermen, todo es sueño."
CERVANTES: *Los baños de Argel,* I.

ATALAYAS, los ojos no descansan
en el vivo ensoñar de los engaños
que la noche entreteje dulcemente.
Centinelas, vigilan en la torre.

Germina en el silencio tanta vida:
el pasivo principio, lo inconsciente,
transcurre, como el agua, la promesa
de un alba fértil, pura, anticipada.

La «madre de los dioses» te llamaron
los antiguos: oscuro vientre, madre,
de los mundos creados, de las cosas.

El sol en tus abismos muerte sufre:
renacerá mañana como un héroe,
un cristo triunfador, mas sin vencerte.

II

Tu párpado inmortal despliega sombras
que refugian del día y su locura:
un ámbito que ampara tiernamente
y fluye, cariñoso, por el alma.

Lentamente se abrió, tras luces rojas,
finales, de la tarde. Lentamente
fue apagando el fulgor, las luces últimas.
Alcanzó su cenit, su gloria oscura.

Se cerrará mañana para abrirse
en la hora precisa y aceptada
desde el origen mismo de los tiempos.

Lo veo sin pestañas: luces hondas
se asoman a los iris infinitos
constelando los cielos ya no oscuros.

III

Si pudiera pintarte, noche negra,
¿no-color usaría, un azul hondo,
carbón, ceniza oscura, calcinada
madera ennegrecida por los años?

¿Removería cieno, consumidas
raíces, yertos musgos, muertas sílices?
¿O ya un nuevo color inventaría
con el polvo del sueño y la esperanza?

Yo no tengo pincel ni el lienzo vasto
que te contenga, fiel, dentro de límites:
un espejo engañoso me da el verso.

Se encienden las estrellas sin ninguna
rima que salve luces altas:
detrás de ti, eternas, se sonríen.

IV

Me da a beber silencio con su copa,
inclinado hacia mí, un dios oscuro
el agrio vino negro del misterio,
la más antigua sombra que aún arde.

El corazón, despierto, se levanta
con mayor avidez a las leyendas
cuajadas por los siglos en el cielo:
las disuelve la mente o las olvida.

Inmensísimo árbol grandes sueños
ampara en su ramaje constelado:
sus raíces se pierden en la nada.

Me brota la canción, maduro fruto
que cae hacia la tierra y se devuelve
—cargado de espesor—al viejo centro.

III

LOS ENGAÑOS DE VIVIR

I

DONNE nos dijo: «Los hombres no son islas.»
¿Continentes, quizá, o son países?
¿Afluyen al gran río que se llama
el Hombre—Humanidad—, manando siempre?

Su vivir es el tuyo y es el mío,
se afana en echar puentes y fronteras
borrar de la memoria: el mismo cielo
a todos nos asila fatalmente.

Una misma constancia es nuestra vida,
una idéntica muerte nos acaba
y una idéntica tierra nos sepulta.

No divagan las islas: el abrazo
del mar les da familia. Como un arpa
azul, concorde, vibra el archipiélago.

II

Blancas luces, un oro, las miradas
surcando los paisajes tan mudables
como el mar y las nubes, reteniendo
las formas onduladas, indefensas.

Con áspera nostalgia los oídos
recuerdan los susurros de las hojas,
el desgarrado grito casi humano
de las gaviotas grises, matinales.

Las frentes avanzando, altas siempre,
con los cabellos tocan nieves, crestas,
la luz brutal que hiere sin clemencia.

Desnudo, enmascarado, transfigura
el vivir sus tormentas o sus calmas,
el luminoso aplomo que lo guía.

III

Indómita, la vida exalta ruedas
y tiende para ellas un paisaje
de rieles paralelos que se alargan
al final de este mundo, fatalmente.

Misteriosos, los trenes van huyendo
de casas que se agolpan o que suben
en línea recta, clara, sin hundirse,
fosforeciendo, grávidas, nocturnas.

Cometa en llamas, éxtasis vivido,
alarga su presencia a su futuro,
tras quemar el pasado en cada lámpara.

Su brillo avanza raudo, fiel, sin freno,
sin ver la perspectiva ni la meta:
oscura profecía de sí mismo.

IV

Las tierras heredadas o perdidas
sepultan nuestras voces, las sonrisas
heladas por la nieve o la tristeza,
nuestros vanos trabajos de medusas.

Y más vivir ansían, sin embargo,
nuestros huesos profundos, sin memoria:
en voz queda cantamos, sobrevivos,
desde pozos vacíos o secretos.

Si nos traga la tierra, circulamos
sin expresión de angustia, con delicia,
por el nuevo país, aunque amenace.

Debajo de la herrumbre sosegada
hallamos el amparo de una noche
que el sueño nos convierte en nueva aurora.

LOS ENGAÑOS CIVICOS

(Para Rafael Alberti y M.ª Teresa León.)

I

ESTOS hombres que pasan no son briznas
de hierba ni tampoco son hormigas:
plácidos o ¿sufridos?, por la calle
retroceden, avanzan, se detienen.

Yo los veo pasar y los contemplo...
¿En dónde su amargura? No se quejan.
¿En los bolsillos guardan su desdicha?
¿En el doblez del cuello su locura?

Pasean lentamente o, afanosos,
a sus trabajos van, los mismos siempre.
Saludan distraídos o corteses.

La ciudad abre puertas para ellos.
Calzadas grisoscuras los arrastran
a pacíficos fines o a su muerte.

(A Emilio Gómez Nadal.)

II

¿Un silbante estertor? ¿Agudos gritos
salvajes? ¿Un larguísimo lamento?
¿Olor a multitud, irremediable?
¿Borbotones de sangre en las aceras?

Rueda el motín, poseso, forajido...
La pólvora chamusca lo que toca.
Encías viejas, puertas derribadas.
Sudorosos, callados hombres huyen.

Alguien busca monedas por el suelo.
Un herido, gimiendo, casi llora.
Las banderas, caídas, palidecen.

Las palabras sencillas por el lodo
esparcen su verdad y emergen otras
de las ígneas miradas de los presos.

(A la memoria de Walt Whitman.)

III

Los benéficos genios se concitan
en un día de sol y resplandecen
en pechos y miradas sin que nadie
se atreva a suponer que es alegría.

Espléndidas, fluyentes, las mujeres.
Verdaderos, viriles, los esposos,
los impacientes jóvenes que arrollan
con límpida mirada y savia límpida.

En marea creciente, ciudadana,
el amor a la vida va inundando
las calles y las plazas, encendido.

Criaturas adánicas, felices,
se dan las manos claras, naturales:
el último resol las ilumina.

(A Ramón de Garcíasol.)

IV

La ciudad es de todos: disfrutamos
en noble posesión, sin un adarme
egoísta y avaro, cuanto es suyo:
las formas sucesivas que trasciende.

Las mutuas percepciones encadenan
—por los ojos y oídos—certidumbres
de que hay lazos sencillos que nos unen
a la vida, al amor, en gran corriente.

Impalpable alimento que es el mismo:
maravilla que existe para todos,
que las piedras exudan generosas.

Familia, identidad, fusión y marca
sabida por el cuerpo, sin contrarios:
transfundidos los signos, nos amamos.

LOS ENGAÑOS DEL CISNE NEGRO

(Para Victoria Kent.)

I

FERVOR de falso dios abrasa ciego,
inclinado hacia ti, la cruel garganta
que no puede cantar los viejos himnos,
letales, vanas glorias de tu vida.

El marchito laurel ya pende triste
de claustros y casernas, de los muros
en que el odio pintó oscuros signos,
las palabras de muerte no borradas.

Los brazos que aclamaron, hoy se pliegan
cual tus alas de sombra: hoy se anillan
a los miedos convulsos o callados.

Bajo la luna duermen cementerios
por donde aún paseas tu victoria
y aún graznas tu canto, negro cisne.

II

Desasosiego torpe eriza plumas,
imágenes del luto y de los llantos,
del vejamen de todos los vencidos,
a la orilla del lago que desangras.

Tu andadura senil se va arrastrando
sobre el viejo oropel y, cabizbajos,
los cisnes de tu estirpe te sostienen
en bufa procesión, sin luminarias.

Las plumas negras caen una a una:
sus símbolos retrógrados los pisan
las hojas del otoño, barro noble.

La cansada elegía a un muerto vivo
salmodian los crepúsculos, granates
responsos se oyen ya que tú no escuchas.

III

Tus oscuros contornos se parecen
a la noche que pierde su sentido,
ajena a todo amor y toda savia,
fatal condena triste de los tiempos.

Se retuerce tu cuello en la pregunta
que es sólo vanidad a ti debida:
el vacío silencio de tu nada,
el horror de haber sido y ser quien eres.

Extiéndese la sombra: su gran ala
encubre con vergüenza tu cruel sino,
tu saña y tu soberbia, muerte-cisne.

Profunda, se resigna a ser el manto
de toda iniquidad: tu vida aciaga
en ella perderá su gloria negra.

IV

Las horas que te quedan las contamos
con paciencia final: unciones últimas.
Superando tristezas, aguardamos
la vida que abrirá tu cierta muerte.

Maduros para ella, consumimos
las penas y alegrías resignados,
amamos cada instante, cisne viejo:
nos ganamos canciones de mañana.

Nos soñamos tu muerte cada noche:
tu paz y nuestra paz ya sin vigilia,
la luz de todos, almas, sementeras.

La nueva vida todos viviremos
sin horror de estar vivos: cada día
será resucitar a otro más claro.

LOS ENGAÑOS DE DON QUIJOTE

(Para Alberto y Guadalupe Castilla.)

I

TE engañaron molinos y carneros,
prostitutas—¡doncellas!—, tus amigos,
tu buen Sancho filial, la pobre venta,
el labrador Haldudo y galeotes.

Artificios del mundo necesarios
a tu suerte de cristo: tu fracaso
te justifica aún y la fe nuestra
te afirma al fracasar y al engañarnos.

Encantado en la jaula, bondadoso,
no sabías dudar—¿cómo podías?—
del Cura y del Barbero: te engañaban.

La virtud de tu ser, poetizando
innobles apariencias, sueño dulce
volvía los engaños y derrotas.

II

El Carro de la Muerte, sin embargo,
no te puede engañar: sus apariencias
tú tocas con la mano—farsa pura—
y a la posible hazaña ya renuncias.

El rojo carretero es un demonio
que no puede asustarte: le conoces.
El dios Cupido empuña sus saetas:
con ojos desvendados te sonríe.

Con sus alas pintadas te da viento
un ángel que no vuela y, ¡ay!, la Muerte,
a su lado, simula que está viva.

La farándula pasa... Razonable,
tú dejas, sin pelea, que se vaya
la carátula libre con su engaño.

III

Navegante una vez y tantas veces
libertador y juez de nuevo código
—contra la ley del Rey te rebelaste—,
abanderado noble sin bandera.

Contra el mal y el embuste tu batalla,
leones de soberbia y bachilleres
sofistas, resentidos por la envidia:
espejos engañosos tú rompiste.

Defensor de mujeres—buenas, malas—,
a Dulcinea fiel—si bella o fea
Aldonza o encantada labradora—.

Aclamado en galeras por la chusma,
en la playa vencido y, en tu muerte,
llorado por ser bueno más que cuerdo.

IV

Cansado de vivir al fin se para
tu viejo corazón en hora justa:
la verdad de la muerte, sin engaño,
te espera—Dulcinea—bajo tierra.

Del dolor libertado, sin desvelos,
sin cabalgar ya más, contemplas sólo
suprema realidad al fin cercana,
segura para siempre en su frontera.

Sin magos que te burlen la victoria,
vencedor de ti mismo, sin tu yelmo,
sin laurel de locura por las sienes.

Tu largo sueño vela toda España
con paciencia de siglos, esperando
que algún día renazcan tus cenizas.

IV

LOS ENGAÑOS DEL ARTE

(Para Josep Roca-Pons.)

I

ESTE Cristo español, volando al cielo,
sin cruz que le sostenga o dé raíces,
la gravidez del leño a la de carne,
en sesgo se remonta milagroso.

Se alarga el brazo izquierdo hacia la altura
—¿buscando al Padre, mano que le salve?—,
recta lanza de amor que no se clava
ni en madera ni en viento, voladora.

El derecho se pliega, perdonando
o pidiendo clemencia sobrehumana,
con gesto de piedad o sólo súplica.

Y pende la cabeza como un fruto
en sellado secreto que los párpados
al cerrarse velaron para siempre.

Las piernas y los pies del cuerpo caen
a un vacío sin tierra, hueco puro,
en donde clara luz se vuelve el polvo.

(Cristo catalán del siglo XII. *Isabella Stewart Gardner Museum.)*

(A Jean Cassou, revelador del Greco.)

II

El mirar desde el fondo se adelanta
a mostrarnos el alma sensitiva:
por los ojos oscuros penetramos
en hondas claridades interiores.

La palidez lunar rebrilla mansa
y azulada: revierte la conciencia
desde dentro el pensar que estaba arando
el corazón del hombre aquí sedente.

El libro, sorprendido, se entreabre
al gesto de la mano cuidadosa,
natural, veladora, compasiva.

En olas blancas, negras, los ropajes
proclaman dignidad y en ella inscriben
los brazos de la cruz, serena muerte.

(El Greco: retrato de Fray Hortensio Paravicino. *Museum of Fine Arts.)*

(A Charles V. Aubrun, gran hispanista.)

III

La cúpula de hueso, peraltada,
descubre luces álgidas, los dentros
que asoman a la piel, casi relámpagos,
o socavan la sien que vemos lúcida.

Cejas óseas, ribetes de la sombra,
y el ceño entre los ojos—¿duros?, ¿fríos?—,
en paralelos trazos, hoy nos juzgan
y juzgarán mañana, inquisidores.

Altiva la nariz, impertinente,
sobre el mostacho ralo nos domina
y proclama desdén, alucinada.

Sensual, la boca yergue un labio solo
que parece mirarnos agresivo
desde opimas delicias que atesora.

(Velázquez: retrato de don Luis de Góngora. *Museum of Fine Arts.)*

(A Edith Helman, por su devoción a Goya.)

IV

Te encontramos aquí... ¿Nos esperabas
desde tu siglo, lejos, en tu tiempo?
Un amigo pareces al que busca,
en soledad, perdidos bienes suyos.

Se cruza tu mirada con la nuestra...
¿Intercambian pasados y presentes
en el puro milagro del encuentro?
¿Trasvasan vida vieja, mutuas ansias?

Nos vamos a tu edad sin saber cómo...
Te vemos en Madrid: una calesa
te lleva al Manzanares, hilo de agua...

Tú paseas, ahora, junto a un río
que no soñaste nunca: el río Carlos.
Al mar te asomas tú en días puros.

Se descruzan los ojos... Ya nos vamos
a triviales faenas, a estar vivos
en la ciudad que nunca será nuestra.

(Goya: retrato de don Isidro González. *Museum of Fine Arts.*)

(Para Stephen y Teresa Gilman.)

V

Un largo pan, dos huevos, paño, copa,
negro cuchillo traza duro enlace,
la leche, acaso, interna, se remansa
en el metal que brilla—no la vemos—.

La mesa pobre, oscura, cotidiana,
sostiene un mundo cierto: dos cebollas
rivalizan, unidas, en pareja.
Matemáticos dúos crean vida.

La dorada corteza su paisaje
levanta horizontal: es casi tierra,
colina que se alarga y delimita.

Corpóreos blancos luz o cal exaltan
a extremos tan palpables que los ojos,
hechos mano amorosa, van tocando.

(Cézanne: "Naturaleza con pan y huevos." *Cincinnati Art Museum.* Visto en el Museo de Bellas Artes de Boston, el 2 de junio de 1971. Ultimo poema escrito para este libro.)

LOS ENGAÑOS DE LA MUSICA

(Para Carmela, una vez más.)

I

La Musique commence là où
la parole est impuissante...

CLAUDE DEBUSSY.

¡FRACASA la palabra tantas veces!
Las visiones oídas en los dentros
del hondo corazón y su paciencia
aspiran a volverse melodía.

En los dentros del hombre hay paisajes
fluídos y sonoros, con sus nubes,
sus simas de dolor y claros vértigos
que cuesta recordar: son fugitivos.

Incorpóreas imágenes, melódicas,
transmiten sus mensajes inaudibles,
el delicado aliento de su espíritu.

El silencio ya rompe sus espejos:
los violines y pianos ya confiesan
lo que el alma susurra sin palabras.

II

¿La sed de luz no triunfa de la muerte?
¿Su boca de león lo traga todo?
¿Hondo pozo de sombras y silencio
que refleja la nada de los cielos?

Por cristiana piedad claman las almas,
español miserere a cuyo coro
no se suma mi voz, náufraga siempre,
aunque hosannas callados le den aire.

El eterno descanso por orgullo
no reclama sin fe—¿cómo podría?—
al Dios de mis abuelos, Cristo mártir.

Si hay un Juicio Final y el firmamento
se abraza con la tierra, muerto el odio,
mi alma vivirá lo que soñaba.

(Tomás Luis de Victoria: *Missa Pro Defunctis.)*

III

Concertados, los pájaros saludan
al sol primaveral. La dulce lluvia
imitan los violines, cómo emergen
los brotes de las hojas. Transparencia.

Arrúllanse las tórtolas estivas.
Cansado va el pastor. La nube lenta
ansía el vendaval que nunca viene.
¡Sopor maravilloso en la luz pura!

Embrïagan los oros otoñales
al gañán que bailaba por la parva.
El corno cazador va por el bosque.

Casi humanos, los hielos se lamentan
y crujen bajo el pie que los rehúye.
Las hogueras combaten con el cierzo.

(Antonio Vivaldi: *Le quattro stagioni.)*

IV

Como el alba descubre el nuevo día,
abriéndose a más luz, no temerosa,
perfecta nace y va creciendo pura
desde el mundo que afirma con su cántico.

Nos bendice la casa y lo que somos,
cambiando siempre, siempre es ella misma.
Misteriosa y bellísima, devana
el júbilo de ser humanos siempre.

Entre dos lejanías no es camino
ni puente: gran aurora en fuga viva
del corazón del hombre al gran espacio.

Excéntrica, jamás: conciencia clara
que proyecta su amor a las alturas
desde el limo inicial de la tristeza.

(J. S. Bach: *Passacaglia* y *Fuga en do menor.*)

V

La siento dentro: fallan las palabras,
pues colma de temor o reverencia.
Resplandece un volcán: su lava fluye
por cauces supralógicos y arrastra.

Alucinados ímpetus el cuerpo
enlazan con el alma y los transportan
al vibrante final que acaba en triunfo.
Venció la exaltación en el combate.

Resiste el piano frágil: nos asombra
que el titánico fuego no lo queme
al devorar las penas agitadas.

La pasión se resuelve en melodía,
en la verdad más alta del allegro:
diáfana, al fin, sosiégase indefensa.

(Ludwig van Beethoven: *Appassionata.)*

VI

La lentitud solemne cruza el puente
que lleva de la mano a la alegría:
el ánimo elegíaco no dura,
pues vence soleada gracia tierna.

Por el aire flamean sin rendirse
cálidos brillos, tonos plateados,
primavera vital y transparente:
saludan con sonrisas jubilosas.

De la noble amistad de los violines,
detrás de clarinetes gloriosísimos,
se hace un eco la flauta sensitiva.

Burbujea la dicha y, reluciente
—si abrupta, si risueña, modulada—,
el alba reconcilia con la sombra.

(Wolfgang Amadeus Mozart: *Sinfonía núm. 39 en mi bemol.)*

VII

Tres arpegios del piano me acompañan
con el alterno canto de las cuerdas
que entretejen amores bondadosos:
es serena amistad su melodía.

El violín me repite emocionado
los murmullos de claves sin enigmas
y, nervioso, después, cuanto me dicen
el cello y viola mansa y dulcemente.

Se interrumpen las voces o discuten
en tono bajo, rítmica alegría,
preguntas y respuestas, frases breves.

A través del oído ven mis ojos
los saltos de la trucha sobre el agua,
variaciones de luz y de sonido.

(Franz Schubert: *La Trucha,* quinteto.)

VIII

La ausencia de lo claro se revela:
pie descalzo, vellón iridiscente,
fluidez vaporosa que avanzando
a desvelar se niega intimidades.

Levísima y etérea—¿gris o verde?—,
anula todo brillo, mas despliega
una atmósfera húmeda y melódica,
vago reino de un sueño eliminado.

Sin colores precisos y sin límites,
es sólo emanación de una pureza
que escucha y justifica sólo el alma.

¿Amanece? ¿La tarde? No sabemos.
Fiel ternura, creciendo hacia la noche,
es un dulce rumor que casi duele.

(Claude-Achille Debussy: *Brouillards,* preludio.)

IX

Huellas de negros sones nos conducen
—como la sangre, cálidos, intensos
y broncos más que el mar—a ese milagro
del que nace la voz aterradora.

¿Horada el corazón o nos alegran
sus arpegios más íntimos? ¿Nos vive?
Se enlazan las cadenzas en guirnaldas
y tejen frescas ramas que aspiramos.

La cantilena avanza y se repite
sin que nunca fatigue o envejezca:
entretéjese al ser en cuanto dice.

La voz, inesperada, finalmente,
subraya con su vuelo lo ya dicho:
nos impone la ley de su justicia.

(Antonín Dvorák: *Concierto para cello en si menor.)*

X

¿Nocturnas, las barandas? ¿Aguas puras
descienden sin dar saltos, rapidísimas,
por cauces que sabemos transparentes,
con ardor musical que no se rompe?

Cipreses lentos bajan la colina
cantando la canción de sus raíces
con voz queda que apenas entendemos:
a nuestro lado pasan, sin mirarnos.

Lueñe danza ya brota de la noche,
cerca del cielo, próxima a la tierra:
su belleza terrible sobresalta.

Desde lejos las nieves hacen señas
que las flores no ven, mas que despiertan
a los sueños dormidos en los cármenes.

(Manuel de Falla: *Noches en los jardines de España.)*

XI

Con ciego paso, noche, vas pisando
tu propia oscuridad, angustia mía.
Con paso interminable, desvelado,
tú pasas por mi puerta: yo te escucho.

Alguien llora, de pronto... ¿Quién ha muerto?
¿O quién llama a la muerte, sin amparo,
con las manos vacías, sin un gesto,
con una voz marchita, suavemente?

¿Un hombre muere solo? ¿Luz de tarde
que sueña con su noche, envejecida?
¿Antes de nube ser, gota de agua?

Apáganse los ojos y el oído...
A la puerta del alma está llamando
vislumbre matinal de sobrevida.

(Béla Bartók: *Concierto para orquesta, Andante non troppo.)*

LOS ENGAÑOS DE LA LETRA

(Para Miguel Ruiz-Castillo.)

I

LAS hojas de papel, con tinta impresas,
cosidas en un mazo, encuadernadas,
se llaman libro—reza el diccionario,
lo aseguran los tontos cada día—.

Antifonal, maestro, una novela,
el que cabe en la mano con mil versos,
rojo, blanco y azul, un diario íntimo,
el canto espiritual o las memorias...

Parecen libro: algo que se compra
para ornar el salón—objeto caro—,
la vana biblioteca del prestigio.

Debajo de su máscara burguesa
reclaman el amor de mentes y almas,
sensibles, angustiadas crïaturas.

II

Tímidamente, el libro se pregunta
si alguien tejerá con sus palabras
un nido para el ser, la compañía
que nace de una mente y de unos ojos.

Con dulzura se abre, como rosa
a quien la luz despierta de su noche,
la mirada buscando de la frente
que a su vez le buscó para vivirle.

Las páginas se vuelven, se acompasan
con un ritmo de pecho que respira:
hondas frases pronuncian labios íntimos.

Se tienden las palabras como manos:
configuran el mundo y son el centro
del corazón de un hombre que se entrega.

III

Mas, a veces, son puentes firmes, altos,
sobre patrias y tiempos, de preguntas
ansiosas y respuestas que quisiera
desde dentro entender y madurarlas.

A la casa se acerca el universo:
la lejanía toco, palpo nubes
en libertad vagando, desgarradas...
El árbol se levanta y lo comprendo.

Un gran cielo desborda su mirada
sobre la letra muerta y la revive:
ya no oscuro, el silencio se hace río.

Una a una, enlazadas, las palabras
transmiten los mensajes no abolidos
por años ni fronteras: vivos puentes.

IV

No persuaden, a veces, y no calman
la sed, la soledad de tantas horas:
retóricos y bellos como gemas
traslúcidas se prenden a los ojos.

Sin tocar la conciencia, sus anillos
se ponen a brillar hipnotizando
nuestra alma exterior y nuestros dedos
que aspiran a lo hermoso—que no es todo—.

Mediodías en cúpulas, vitrales
de perfección no bastan porque el hombre
a muerte inapelable se condena:

replegado en su angustia, fiel escudo
de su hombredad vivida a cada instante,
al borde de la sima que es su infierno.

V

LOS ENGAÑOS DEL YO

I

Y cruzan por el alma nubes grises
con un aire mortuorio o melancólico:
un lívido fulgor invade leve
las raíces del yo no siempre húmedas.

Con dulce timidez envuelven suaves
el corazón en vela y hacen puerto
a los anhelos vagos de otras vísperas
en diálogo vividas con lo eterno.

Las horas solitarias se hacen íntimas:
un nido cotidiano de silencio
se tejen hacia dentro, sin relojes.

Los grises, indisueltos, se aposentan
en el fondo del ser y lo adormecen
con ternura sin nombre, inesperada.

II

Con paciencia de días y de noches,
madura lentamente como un fruto
que aguarda plenitud en su verano,
eclosión voluntaria de sus dentros.

A ninguna ternura se parece:
su cálida piedad ya se adivina
al cernerse en el aire con su aroma
que solamente el alma reconoce.

Da su brillo a las cosas, tornasola
los espejos vacíos con sus luces,
como sol tras las lluvias, abnegada.

Y niños y animales, transeúntes,
el afuera del mundo, intimidades,
sonríen a tu yo que los buscaba.

III

En un rincón secreto, oscuramente,
se agazapa el orgullo y siempre vela
—insobornable juez, es enemigo—
los actos y palabras, pensamientos.

Interroga y ordena los impulsos,
apaga el resplandor de cada fuga,
a su cueva devuelve los anhelos,
libres dones rechaza, riguroso.

Erguido centinela, no se tiende
a reposar, pues nunca se abandona
al cansancio nocturno quietamente.

Como un dios juzgador me dicta leyes,
impone sus sentencias, me da cárcel:
arrebata laurel a mi victoria.

IV

Raíces y ramajes entretejen
el árbol de tu ser: es el oficio
de vivir hacia abajo y hacia arriba,
desde el duro regazo de la roca.

Nubes ardientes, pájaros se enredan
en el follaje espeso de tu sangre
que sube de la tierra, de los tuyos,
a los aires esbeltos y a los cielos.

Las albas, los crepúsculos y noches
transcurren o coronan esta viña,
el viejo manzanar de mis herencias.

El unitario yo me sobrevive:
profundidades suben por las savias
hasta ser frutos claros, sin perderse.

LOS ENGAÑOS DE LA MEMORIA

(A Ricardo Blasco, sin olvido.)

I

NO entendidas imágenes revelan,
de pronto, lo que fueron y no angustia
el cansado perfil de sus ropajes,
el raro sentimiento de su orgullo.

La canción de la sangre no es extraña:
el armónico impulso es comprendido
al surgir melodioso de las penas,
de sus pliegues tranquilos y yacentes.

La antigua soledad es compañía:
tal la lluvia fraterna que una noche
nos hacía preguntas, nos llamaba.

Los abismos se borran y no hay tumbas
en el sosiego oscuro del pasado:
vida vieja despierta de su sueño.

II

Hay ángulos siniestros que se animan,
moviendo hacia adelante sombras densas,
hacia atrás empujando claroscuros,
expresiones esquivas o dramáticas.

Se restauran escorzos, fugas tímidas,
encuentros lejanísimos: trasciende
el gran retablo un aire, color nuevo.
Las formas se deshielan y se alzan.

El niño aquel del parque nos sonríe:
pasea con su novia de la mano.
La abuela del Jardín ya no es anciana.

Y la carta sin nombre que encontramos
al pie de un árbol gris en el invierno,
sabemos que era nuestra y no perdida.

III

Se repliega la muerte a su caverna
cuando avanza en tropel el gran ejército
—la libre fantasía y los recuerdos—
con su clara bandera de victoria.

Irreparables pérdidas no existen
para quien salvar sabe lo vivido:
un viaje en tren y todos sus paisajes
a transcurrir retorna al revivirse.

Las montañas de Suiza nos escalan
por dentro, juveniles, sin esfuerzo:
a más aire remonta vida antigua.

Las aguas de Venecia nos invaden
el hondo corazón con su nostalgia:
a marea más alta van subiendo.

IV

La memoria, de pronto, voluptuosa,
recuerda sueños álgidos, construye
con lentes subjetivas estructuras
que no vieron los ojos interiores.

Palabras superpone y ademanes,
tensión, o resonancias o susurros,
temblorosos metales, viejas lágrimas,
pensamientos hundidos en sí mismos.

Y brota lo inefable, confidente
de una vida profunda que ignoramos,
captados por imágenes tangibles.

Su nueva dimensión aflora, asciende
a un nivel de silencio fervoroso,
de maravilla pura, creadora.

LOS ENGAÑOS DE LA SANGRE

I

ROJIZO enebro, fuerte y oloroso,
la sangre espesa teje ramas firmes,
delicadas hojuelas lineales,
ocultas flores rojas, sensitivas.

En recodos de sombra negros frutos
o bayas azuladas se desprenden
y allí guardan semillas que no vemos:
son regalos de un bosque ya perdido.

Sin rumor nos transcurre por el cuerpo,
mas nos habla también con voz silente
si teme marchitarse en el verano.

Con sed de un agua viva no soñada,
extiende sus raíces lentas, suaves,
hacia los centros mismos de la tierra.

II

Sensibles ojos tiene, fluidores,
que ven el pino azul, el cielo claro,
que la noche detectan y la luna,
acantilados grises, playas blancas.

Y oír sabe también lo que las nubes
nos dicen al pasar detrás del viento,
las extrañas palabras que en la roca
grabara—soñador—un dios antiguo.

Y palpa con sus venas los secretos
de la vida mortal y su memoria,
los adioses escritos en las manos.

El olor de la muerte reconoce
en los huesos tranquilos que la asumen:
la verdad de ser polvo finalmente.

III

La sabia tracería se denuncia
o se mira en la piel, espejo cálido:
ardiente, verdadera, no se apaga
y sabe soportar nuestras angustias.

Sin cansancio nos viaja, da sentido
al blando territorio, viva patria
que lleva nuestro nombre y nos entierra:
exila los espectros que la temen.

No se muda de casa: su columna.
Y un hogar con su lumbre ha levantado:
la fría soledad no le da muerte.

La plácida mansión es ya castillo
que resiste los años, la tristeza
de ir envejeciendo mansamente.

IV

Cercana siempre, riega la pradera,
el bosque donde vivo y me refugio.
Con sus pasos me cruza: yo obedezco
y a su fluir se entrega mi ramaje.

Los céspedes mojados no se olvidan
de los nobles abetos y abedules,
del balsámico cedro y de su sombra,
al sentir las frambuesas, dulce vino.

Los gozos no gastados de la vida
apuntan en la hierba, ciencia clara:
aún el sol redora todo el campo.

Cautamente afanosa, su ventura
—que florece en la muerte, frágil, íntima—
pasea libremente y prisionera.

LOS ENGAÑOS DE LA VOZ

(Para Jorge Guillén, a quien veo por la voz...)

I

EN su espejo la voz va reflejando
la curva de los ojos, su mirada,
los espacios del ser que nos revelan
su más puro secreto, savia dulce.

Los gestos se despiertan, surge el ceño,
los fugaces arrobos del instante.
Felices, las palabras, melancólicas,
nos borran las distancias: nos afirman.

Con sus notas oscuras, interiores,
el río aéreo fluye mansamente,
su verdad precipita o se remansa.

Se oye el corazón y su respuesta:
los cielos invisibles intercambian
o alegrías o penas ya vencidas.

II

Se trasmudan los días y los actos,
olvidos mutuos, juegos no jugados,
presentires y unciones invernales,
arrebatos de abril en la mañana.

Los caminos se cruzan... Anochece,
mas nueva claridad los ilumina.
Los atajos avanzan por las voces
y las altas estrellas del verano.

Inexisten, al fin, encrucijadas:
las sílabas—arroyos—navegando
se van desde su fuente a las orillas.

Ni afanosas ni esquivas, acercándose:
las vidas se entrecruzan, los destinos
entrelazan sus ramas o sus hojas.

III

Ojos libres, la voz los vuelve al mundo
o, tierno infante aún, descubre dentros,
no vigiladas formas profundísimas,
internas destrucciones o exigencias.

A veces, se abandona: casi un hálito,
apenas si susurra lo que siente
el corazón o el alma. Va manando,
incomprensible, pura, hacia el futuro.

A veces, es recuerdo de otras aguas
oídas hace mucho por las sierras,
de las suaves pisadas de algún ciervo.

O a su través se muestra la conciencia,
desnuda, transparente, sin mudanza:
ojos libres la ven jamás extinta.

IV

La boca, donatriz inagotable,
os alza de la nada y os formula:
los arcanos secretos son verdades
y las máscaras mueren en los labios.

Espesos bosques, hondos sentimientos
tangibles son: se ven, se palpan, únicos,
se escucha cómo rozan sus ramajes
contra el cielo interior de la desdicha.

Minutos, intervalos, se prodigan
en lento transcurrir: la voz sumerge
en su caudal las aguas del destino.

Invisible, el poema ya respira:
humano aliento es si la palabra
le da cuerpo real al modularlo.

LOS ENGAÑOS DE LA EDAD

I

UN objeto invisible es el vacío
que, angustiado, sostiene cada hombre,
cada mujer que sueña o sólo sufre,
la pareja que vive desamándose.

Como un peso de hierro que se anilla
en torno a la esperanza y la destruye:
su tiniebla compacta ha germinado
en el centro del ser como una espada.

No sabemos si es fuego o si es escoria,
cansada compañía de la sangre,
un rescoldo fraguado por la vida.

No sabemos si el cuerpo lo ha inventado
para engaño del alma como un odio,
o si es el alma misma aquel objeto.

II

Generaciones van... Las otras vienen
de un vivir en tensión ya dislocado.
(Las cuerdas ya no vibran resonantes
y, distendidas, sueñan el silencio.)

A la orilla descienden, la mar miran.
En la roca se tienden o en la arena:
se ponen a contar las olas blancas
hasta que llega, negra, la ola última.

Generaciones van a la montaña
donde la luz corona a los que suben:
alas les da, ardor que luego pierden.

Cuando bajan, la sombra les desdora
los hombros y la frente: los apaga.
Fantasmas de sí mismos, se resignan.

III

Caen hojas del árbol en otoño.
Y los frutos cayeron en verano,
tras caerse la flor en primavera
y en invierno caer nieve y escarcha.

La fresca lluvia cae dulcemente.
Cae el agua del río en el mar ciego.
Y dulcemente caen las estrellas
en la noche que sueña con el alba.

Todo cae. ¿Lo ves? Las negativas
del ojo, de la mano, de los labios:
las cosas nos rechazan o se caen.

Sostiene la caída nuestras vidas,
el común existir que al ir cayendo
ansía el buen reposo de la tierra.

IV

Azul-grises tus años, desde lejos,
con los míos, caminan a la nada.
Paralelos los pasos, mas sin verse
los ojos que se buscan por el aire.

¿Se rezaga tu pie? ¿El mío avanza?
Por las lentas riberas del cansancio
la piedra de tu vida va arrastrándose
sin que el alma la empuje desde dentro.

La otra piedra—la mía—, ¿va rodando
hacia el oscuro puerto del naufragio,
hacia el árbol de luz que hemos soñado?

Gris-azules tus años, que se sienten
a esperar a los míos: en la sombra
brillan frutos maduros de esperanza.

VI

LOS ENGAÑOS DEL NOMBRE

I

AL escribir un nombre lo estoy viendo,
individual, concreto, inamovible:
su color y su brillo, vieja historia
habitan para siempre en el espacio.

Mas de súbito vive, al pronunciarlo:
temporal, su existencia va fluyendo.
Se desdobla, proteico: indefinidos
contornos se alejan de su origen.

Sin huella, mueren pronto los vencidos.
Los victoriosos crecen y dan hijos.
Otros cruzan sus voces o se funden.

Altaneros, hablados, se rebelan
contra los fijos signos que aprisionan:
un nuevo ser anhelan, vuelos libres.

II

Transcurren en el tiempo: se suceden
sus paisajes melódicos. Visiones
incorpóreas desfilan por el reino
en que los ojos oyen y recuerdan.

De siglo en siglo, claros, los pronuncia
la boca siempre joven que los crea.
La mente que los unge de esperanza
ha modulado ya ciertos mensajes.

Alguna vez fracasan, pues ignoran
el palpitar profundo de esos fondos
interiores del ser y su conciencia.

Cascarones vacíos, las palabras
traslucen la oquedad que configura
el viejo corazón de un solitario.

III

1

La *ce* de 'corazón', la *ce* de 'concha'
donde guardo mis sueños cada día.
La *o* de 'ojo' que mira y no se cansa,
que configura el círculo, retorno.

La *ene* enlaza el cielo con la tierra,
un bajar y subir que se equilibran.
Sin saberlo, la *che* resuena sorda
en la valva interior de la palabra.

La *a* es la vocal del 'agua' pura,
del 'aire' y del 'ardor' y de quien 'ama':
la *a* cierra la 'concha' de mi nombre.

Con él me llaman siempre los que amo,
los antiguos amigos y los niños
que acaban de encontrarme en cualquier parte,

2

La *zeta*—aunque es de 'zarza'—el horizonte
va buscando en niveles paralelos
de diferente altura, cielo y campo.
La *zeta* de 'zorzal' y de 'Zardoya'.

La *a* de nuevo canta gravemente:
la doble *a* del 'alma' y de la 'angustia'.
La *erre* encierra penas que revibran:
dolorido sentir hay en su rosa.

La *de* de 'Dios', de 'dedo', de 'dulzura',
se yergue y curva, clara, como un arco.
La *o* completa gira: es su destino.

La *i griega* levanta sus dos brazos
al viento, como un don, desde la hierba.
Y en su final la *a* es soterrada.

IV

El traje de la Fama equivoca
los cuerpos que ha de ungir, los nombres claros,
y da brillos, laurel de purpurina
a vanidosas frentes cual corona.

Los nombres verdaderos bajo hiedras
oscuras sobreviven: en silencio
trabajan para el hoy de otro mañana
que no verán sus ojos tras la muerte.

Y desnudos y pobres y tranquilos,
no se afanan por verse en el espejo
del diario o la revista, cada día.

Si de carne o de sueño, verdaderos
se palpan tras el aire y, al tocarlos,
siente el mundo sus almas sobrevivas.

LOS ENGAÑOS DE LAS ALMAS

(Para María Romero.)

I

EN claros mediodías luz concéntrica
nos dejan entrever y giran férvidas
en torno a un sol muy alto y no del mundo,
que gira sobre sí porque está vivo.

Sus ropajes nos muestran en la tarde,
el color que han perdido sin motivo:
la tristeza que asoma por los ojos,
la piedad que se esconde, transparente.

En horas imprecisas nos bosquejan
vagas formas doradas ya vividas
en trasueño febril por las raíces

de la oscura conciencia: olvidados
perfiles o borrosas cartas viejas
emergen y traslucen: resucitan.

II

Nunca ajenas al cuerpo: en él, vivas,
creciendo desde dentro, desde un donde
que aspira a ver la luz de cielos hondos,
a dejarse arrastrar por libres vientos.

Aprendices, primero. Luego, sabias
obreras son. Por último, maestras.
Omniscientes, al fin, acciones dictan:
elevan las miradas, mueven brazos.

Con grave seriedad, con alegría,
se asoman a los ojos, sus almenas:
atisban horizontes y crepúsculos.

Si no ronda el amor, declaran guerra
a dioses enemigos, a la nada,
al temor de morir detrás del aire.

III

Nos recuerdan los pozos si, profundas,
descubren enterrados firmamentos,
filones de dulzor, antiguas mieles
disueltas en el agua de la noche.

Nos recuerdan el mármol si, ligeras,
resbalan por la piel de las manzanas
y pierden el sabor del viejo huerto,
el aroma redondo de la tierra.

Si frívolas, voltarias, se contentan
con cuanto nos limita: sin nostalgia
de otros mundos o seres, son felices.

Si profundas, animan lo profundo:
los ríos sepultados que nos llaman
al origen o fin de los milenios.

IV

La palabra del alma es como niebla
y es difícil saber qué luz oculta
o qué sombra, detrás, ya reconoce
qué somos o no somos, seriamente.

Está lejos, a veces: no podemos
interpretar su voz ni lo que dice,
si viene de las minas o del aire,
de algún huerto regado por un río.

Silenciamos la sangre para oírla,
los rumores del tacto y del oído:
el cuerpo, fiel, es celda silenciosa.

Escuchamos, al fin, un soplo leve
que invita a la oración: y ya sentimos
que el alma de los orbes nos traspasa.

LOS ENGAÑOS DE DIOS

(Para Concha Lagos.)

I

EL corazón honesto se pregunta
si ha creado a su dios como un deleite
o hermosa fantasía, transparencia
de un amor más, más alto que la vida.

En su ilusión descansa, envanecido,
y rige sus acciones o se encierra
a solas con su dicha y se reposa
con los ojos cerrados hacia dentro.

Gira su dios y, esférico, refleja
el vasto mundo externo, reducido
a ser halo de luz, no falsa alquimia.

Sin leyes ni estaciones, gira siempre
con ritmo acompasado, sin nublarse
la esfera transparente de su engaño.

II

En los fangosos cauces—olas vivas—
de su dolor el hombre te ha soñado
para salvar en ti su fundamento,
el acorde melódico del alma.

Con vanidad doliente, se atavía
con galas y con ritos para hablarte,
para que le hables tú con el silencio
que revelar no pueden los oráculos.

Tú callas, sin altar que te adivine
los arrobos o hechizos, profecías:
él inventa evangelios en tu nombre.

Se erige en sacerdote que te usurpa,
con dichos engañosos, tu palabra
que cree verdadera la inocencia.

III

Alzan guerras por ti y son herejes
los que a otros dioses—¡ídolos!—adoran:
fúnebres danzas, llantos, sobre urnas
de cenizas ardientes, dios terrible.

Y millares de cirios te consagran
para aplacar ¿tu cólera? en los templos.
Guirnaldas de rosarios, letanías,
sermones se te ofrecen, devociones.

Alaridos, cadenas y suspiros
se enlazan para ti con los lamentos:
averno de dolor es este mundo.

La estrella de Belén no reconcilia
a los pobres vencidos con los reyes
que bruñen sus coronas por tu gloria.

IV

¿Vendrá la Paz un día si destruyen
tus aras engañosas hombres libres?
¿Vendrá la Paz, Justicia para todos,
el clima del Amor sin estaciones?

Ni tímidos, ni fuertes, ni cobardes.
Sin miedo a un más allá de purgatorios,
de infiernos o de limbos, sin el ansia
de un edén inhumano y a tu vera.

¿El Paraíso aquí? El sueño sea
que unifique a los hombres, los iguale
al forjar con las manos lo soñado.

Un nuevo honor, la mies de los países,
nuevo fuego en las fraguas de la vida:
dios que haremos, amando, a cada instante.

LOS ENGAÑOS DE LA MUERTE

(A Calvin y Alda Cannon.)

I

AL borde del camino dejaremos
los hábitos, amigos cotidianos,
como trajes extintos por el uso.
Y desdenes también, orgullo inútil.

Cubrirán nuestros huesos, mas sin verse
—la única riqueza llevadera—,
reales y tangibles sufrimientos,
las largas agonías que vivimos.

Mortaja de dolor, el lienzo blanco,
vestirá desnudez humildemente,
ajena a los lamentos o plegarias.

Consumación continua de la vida,
última plenitud, real y suma,
aceptemos la muerte que nos colma.

II

Sin recompensas justas, proscripciones
de cielos o de elíseos prometidos,
continuaremos siendo dulcemente,
en sabia evolución, postrimería.

Subsigue nuestro ser y se proyecta
hacia un más alto estadio en que florece
y es más luz el dolor, esencia última:
serena placidez nos da corona.

Implícita al nacer, la muerte medra
al ir viviendo el cuerpo, predispuesto
a su final de paz desde su origen.

Devana largo tiempo su certeza:
el puente pasará sin retroceso,
cargado con sus penas, dulcemente.

III

¿La muerte sobrepasa la existencia?
¿Sobrepasa la fe lo transitorio?
¿El éxtasis, el rapto, se consumen
en calaveras huecas bajo tierra?

¿Nunca más la ternura ni los besos?
¿La clara permanecia bajo losas?
¿Eternidad prometen los abrazos?
¿Y «juntos caminar» es la promesa?

¿En el cósmico espacio, ya disueltos,
dolor y sentimientos olvidamos?
¿Nos salvará el amor de los amantes,
el alto sacrificio de los héroes?

Nuestra herencia de muerte traspasamos
a los que esperan turno, ya serenos.

IV

El último telón del escenario
—en vértigo veloz o suavemente—
será el punto final de la tragedia
—¿o comedia, quizá, gran melodrama?—

¿Patéticas, las máscaras, sin rostro,
harán muecas vacías para nadie?
¿La gran actriz, debajo, desvalida?
¿El gran actor, sin farsa y ya sin público?

¿O el teatro prolonga bastidores,
candilejas sin fin, eternamente?
¿Un nuevo apuntador es Dios, discreto?

¿Cuál monólogo, ¡ay!, interminable,
repite ante sí mismo el que está muerto,
sin palabras ni voz? ¿Con qué esperanza?

FINAL

LOS engaños desdoblan sus espejos,
multiplican en haces lo soñado,
lo que imagina el ojo o el oído:
un libro—¿antisonetos?—se proyecta.

¿Poesía, estos versos? Gran engaño
me parece su busca, hoy y siempre.
Si no máscaras, sueños que inventamos
para no ver—¿o ver?—lo que está vivo.

Si se engaña el poeta con su alma,
con sus tras-ojos claros, tras-oídos,
¿cuál es la realidad que nos trasvive?

Engaños o verdades en las cosas
a más amor inducen: más tristeza
anida desengaño en la esperanza.

Poemas escritos en Tremont-on-the-Common, Boston, Mass., en 1970-1971.

INDICE

Cita de Robert Lowell ..... *Pág.* 7

PROLOGO 9
La realidad nos crea y nos deshace 11

I 13

LOS ENGAÑOS DE LAS COSAS 15
I. El polvo de los actos tú recoges 17
II. Si no fuera por ti fracasaría 18
III. Al palparte, mi mano siente el bosque 19
IV. Te llames vaso, cuenco, taza blanca 20

LOS ENGAÑOS DE LOS RETRATOS 21
I. ¿Un pájaro ilusorio nos miraba? 23
II. Estás aquí, sin irte, sin disfraces 24
III. Un antes que no vi es ya presencia 25
IV. Sin espacios, detrás, que te sostengan 26

LOS ENGAÑOS DEL ESPEJO 27
I. Los dobleces del tiempo en tus azogues 29
II. Te miras al espejo: reconoces 30
III. Escalerillas tienen los espejos 31
IV. Yertas olas suspensas, en vigilia 32

LOS ENGAÑOS DE LAS PUERTAS 33
I. Las puertas, incontables, alargándose 35
II. Las puertas son fronteras que quisiéramos 36
III. Una llave las abre y una llave 37
IV. El largo corredor en que se pierden 38

LOS ENGAÑOS DE LAS VENTANAS 39
I. En hileras, distantes y cercanas 41
II. Y me llaman a gritos, si me duermo 42
III. Se desliza la historia a cada instante 43
IV. No pronuncian palabras. Sólo miran 44

II 45

LOS ENGAÑOS DE LA LUZ 47
I. El día se levanta de la sombra 49
II. Las luces insensatas enloquecen 50
III. También engañas, sol, ramajes finges 51
IV. La luz, grandilocuente, nos ofende 52

LOS ENGAÑOS DE LOS JARDINES 53
I. La primavera, al fin, es proclamada 55
II. De nuevo el viejo olor: el mismo siempre 56
III. Quisiera detenerme en cada hoja 57
IV. Miramos el jardín... ¿En dónde estábamos? 58

LOS ENGAÑOS DEL RIO 59
I. La nieve cubre el río: ya no existe 61
II. ¿Qué pluma dibujó sobre lo blanco...? 62
III. Y la noche borró el gran dibujo 63
IV. No has soñado tu mar—¿cómo podrías? 64

LOS ENGAÑOS DEL VIENTO 65
I. Los vientos engañosos rompen olas 67
II. Humanados, los vientos sus estatuas 68
III. El viento con la arena se hace un cuerpo 69
IV. Los caballos del viento hoy galopan 70

LOS ENGAÑOS DE LA NOCHE 71
I. Atalayas, los ojos no descansan 73
II. Tu párpado inmortal despliega sombras 74
III. Si pudiera pintarte, noche negra 75
IV. Me da a beber silencio con su copa 76

III 77

LOS ENGAÑOS DEL VIVIR 79
I. Donne nos dijo: "Los hombres no son islas" 81
II. Blancas luces, un oro, las miradas 82
III. Indómita, la vida exalta ruedas 83
IV. Las tierras heredadas o perdidas 84

LOS ENGAÑOS CIVICOS 85
I. Estos hombres que pasan no son briznas 87
II. ¿Un silbante estertor? ¿Agudos gritos...? 88
III. Los benéficos genios se concitan 89
IV. La ciudad es de todos: disfrutamos 90

LOS ENGAÑOS DEL CISNE NEGRO 91
I. Fervor de falso dios abrasa ciego 93
II. Desasosiego torpe eriza plumas 94
III. Tus oscuros contornos se parecen 95
IV. Las horas que te quedan las contamos 96

LOS ENGAÑOS DE DON QUIJOTE 97
I. Te engañaron molinos y carneros 99
II. El Carro de la Muerte, sin embargo 100
III. Navegante una vez y tantas veces 101
IV. Cansado de vivir al fin se para 102

IV 103

LOS ENGAÑOS DEL ARTE 105
I. Este Cristo español, volando al cielo 107
II. El mirar desde el fondo se adelanta 108
III. La cúpula de hueso, peraltada 109
IV. Te encontramos aquí... ¿Nos esperabas? 110
V. Un largo pan, dos huevos, paño, copa 111

LOS ENGAÑOS DE LA MUSICA 113
I. ¡Fracasa la palabra tantas veces! 115
II. ¿La sed de luz no triunfa de la muerte? 116
III. Concertados, los pájaros saludan 117
IV. Como el alba descubre el nuevo día 118
V. La siento dentro: fallan las palabras 119
VI. La lentitud solemne cruza el puente 120
VII. Tres arpegios del piano me acompañan 121
VIII. La ausencia de lo claro se revela 122
IX. Huellas de negros sones nos conducen 123
X. ¿Nocturnas, las barandas? ¿Aguas puras...? 124
XI. Con ciego paso, noche, vas pisando 125

LOS ENGAÑOS DE LA LETRA 127
I. Las hojas de papel, con tinta impresas 129
II. Tímidamente, el libro se pregunta 130
III. Mas, a veces, son puentes firmes, altos 131
IV. No persuaden, a veces, y no calman 132

V 133

LOS ENGAÑOS DEL YO 135
I. Y cruzan por el alma nubes grises 137
II. Con paciencia de días y de noches 138
III. En un rincón secreto, oscuramente 139
IV. Raíces y ramajes entretejen 140

LOS ENGAÑOS DE LA MEMORIA 141
I. No entendidas imágenes revelan 143
II. Hay ángulos siniestros que se animan 144
III. Se repliega la muerte a su caverna 145
IV. La memoria, de pronto, voluptuosa 146

LOS ENGAÑOS DE LA SANGRE 147
I. Rojizo enebro, fuerte y oloroso 149
II. Sensibles ojos tiene, fluidores 150
III. La sabia tracería se denuncia 151
IV. Cercana siempre, riega la pradera 152

LOS ENGAÑOS DE LA VOZ 153
I. En su espejo la voz va reflejando 155
II. Se trasmudan los días y los actos 156
III. Ojos libres, la voz los vuelve al mundo 157
IV. La boca, donatriz inagotable 158

LOS ENGAÑOS DE LA EDAD 159
I. Un objeto invisible es el vacío 161
II. Generaciones van... Las otras vienen 162
III. Caen hojas del árbol en otoño 163
IV. Azul-grises tus años, desde lejos 164

VI 165

LOS ENGAÑOS DEL NOMBRE 167
I. Al escribir un nombre lo estoy viendo 169
II. Transcurren en el tiempo: se suceden 170
III. 1. La *ce* de 'corazón', la *ce* de 'concha' 171
2. La *zeta*—aunque es de 'zarza'—el horizonte 172
IV. El traje de la Fama equivoca 173

LOS ENGAÑOS DE LAS ALMAS 175
I. En claros mediodías luz concéntrica 177
II. Nunca ajenas al cuerpo: en él, vivas 178
III. Nos recuerdan los pozos si, profundas 179
IV. La palabra del alma es como niebla 180

LOS ENGAÑOS DE DIOS 181
I. El corazón honesto se pregunta 183
II. En los fangosos cauces—olas vivas— 184
III. Alzan guerras por ti y son herejes 185
IV. ¿Vendrá la Paz un día si destruyen...? 186

LOS ENGAÑOS DE LA MUERTE 187
I. Al borde del camino dejaremos 189
II. Sin recompensas justas, proscripciones 190
III. ¿La muerte sobrepasa la existencia? 191
IV. El último telón del escenario 192

FINAL 193
Los engaños desdoblan sus espejos 195

ESTE LIBRO, «LOS ENGAÑOS DE TREMONT», DE
CONCHA ZARDOYA, SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EL DÍA CATORCE DE NOVIEMBRE DE
MIL NOVECIENTOS SETENTA Y UNO,
EN LOS TALLERES DE GRÁFICAS
ORBE, SOCIEDAD LIMITADA,
PADILLA, NÚM. 82, MADRID.

CUENTOS (con el seudónimo "Concha de Salamanca"):

Cuentos del antiguo Nilo: Las dos tierras de Hapi. Madrid, Aguilar, 1944.

Historias y leyendas de ultralas. 6 vols. Madrid, Aguilar, 1942-1946.

Historias y leyendas españomar. 6 vols. Madrid, Aguilar, 1942-1946.

BIOGRAFÍA, CRÍTICA E HISTORIA LITERARIA:

Miguel Hernández (1910-1942). Vida y obra. Bibliografía. Antología. New York, Hispanic Institute in the United States, 1955.

Historia de la Literatura norteamericana (1607-1950). Barcelona, Labor, 1956.

Poesía española contemporánea: Estudios temáticos y estilísticos. Madrid, Guadarrama, 1961.

Verdad, Belleza y Expresión (Letras anglo-americanas). Barcelona - Buenos Aires, E.D.H. S.A., 1967.

Poesía española del 98 y del 27: Estudios temáticos y estilísticos. Madrid, Gredos, 1968.

TRADUCCIONES Y EDICIONES DE CLÁSICOS:

Walt Whitman: *Cantando a la Primavera.* Traducción y prólogo. Madrid, Adonais, 1944.

Walt Whitman: *Obras escogidas.* Ensayo biográfico-crítico, versión, notas y bibliografía. Madrid, Aguilar, 1946; segunda ed., 1955; tercera ed., 1960.

Charles Morgan: *Imágenes en un espejo,* II. Barcelona, José Janés, 1949.

Gil Vicente: *Teatro y Poesía.* Prólogo, notas y vocabulario. Madrid, Aguilar, 1946.

Alonso de Ercilla y Zúñiga: *La Araucana.* Prólogo y notas. Madrid, Aguilar, 1946.

2 dólares